

poco a poco, con semejante familiaridad: por consiguiente se la hace dulce; y gustando de este modo cuán suave es el Señor, pasa al tercer grado, hasta amar a Dios: no ya por su propio interés, sino por el mismo Dios. A la verdad, en este grado se para y no se si algún hombre en esta vida ha llegado a otro cuarto grado, en el que se ame el hombre solamente por Dios. (S. Bern., —Epist. II, ad Guig. Prio. Carth.,— sent. 8, adic. Tric. T. 10, p. 347 y 348.)”

“Ninguno que ama ya, desconfió de ser amado. El amor de Dios, que previene al nuestro, le sigue gustoso. Pues, ¡cómo es posible que se detenga en amar a los que amó, cuando no le amaban! Los amó, vuelvo a decir. Tienes por prenda del amor al Espíritu Santo. ¡Oh doble firmísimo argumento del autor que Dios nos tiene! Muere Cristo y merece ser amado: el Espíritu Santo nos da el afecto y nos hace amar. Aquel hace motivos de ser amado, y éste, que le amemos. Aquel recomienda en nosotros su mucho amor; éste nos le da. En Aquel miramos las cosas que debemos amar; de éste tomamos virtud para amarlas. Aquel, pues, nos dio la ocasión: éste el afecto: ¡O, qué confusión es ver con ingratos ojos al Hijo de Dios que muere! Pero, ¡Qué fácilmente sucede si falta el espíritu! (S. Bern., Ep. 107, ad Thom. Praep., sent. 20, adic. Tric. T. 10, p. 352 y 353.)”

Amor al prójimo.— “No miréis con desprecio a los esclavos de ambos sexos, pero estos no se ensoberbezcan, antes bien sirvan a sus amos a honra y gloria de Dios, para conseguir mejor libertad. (S. Ignacio, carta a Policarpo, n. 5. Tric. tom. 1, p. 32, sent. 7.)”

“El que ame al prójimo como a sí mismo, debe desearle cuanto bien apetece para sí; y como nadie se desea el mal, debemos desear para el prójimo lo que para nosotros mismos. (S. Justino, Diálogo con Trifón, n. 3, sent. 2, Tric. T. 1, p. 63.)”

“El prójimo del hombre es otro hombre. (S. Justino, id. id., sent. 4, Tric. id. id.)”

“Advertid los que no sois cristianos, que por vosotros presentamos esta Apología; pues fuera fácil negar cuando somos preguntados; mas no queremos ser reos de una mentira. (S. Justino, sent. 6, id. id. id.)”

“Nosotros que antes nos perseguíamos con homicidios, no solo no combatimos contra nuestros enemigos, antes bien, por no mentir ni engañar, escogemos la muerte por acabar la vida confesando a Jesucristo. (S. Justino, sent. 7, id. id. id.)”

“No debemos mirar con espíritu tranquilo los pecados de los otros,

sino llorarlos y afligirnos de su desgracia. (S. Basilio, Reg. 52, sent. 44, Tric. T. 3, p. 197 y 198.)”

“El que vende, ha de procurar que el que compra no pierda, por dar más que el justo valor que le debieran pedir por la mercadería. (S. Basilio, Interrog., 296, sent. 75, Tric. T. 3, p. 203.)”

“Los dos principales efectos que la caridad produce, son: dolores y angustiarse en las cosas que hacen daño a la persona amada; y a sí mismo procurar su utilidad, y alegrarse de ella. Feliz, pues, el que se entristece por saber que otro ofende a Dios, por ser tan terrible su peligro; y se regocija cuando alguno ejecuta la acción buena, por ser incomparable su ganancia... Pero del que no siente estos varios afectos, no se puede dudar que no ama al hermano según el precepto. (S. Basilio, Interrog. 175, sent. 15, adic. Tric. T. 3, p. 383.)”

“El que no cae fácilmente en el mal, no le sospecha en su prójimo. (S. Gregorio Nacienc., Orat. 8, sent. 16, Tric. T. 3, p. 354.)”

“En los amigos, no tanto se buscan los efectos exteriores de la amistad, cuanto los sentimientos afectuosos de esta: porque algunas veces recibimos beneficios aun de parte de nuestros enemigos: pero la ternura del corazón sólo puede provenir de una verdadera amistad. (S. Jerónimo, Ep. 68, sent. 30, Tric. T. 5, p. 248.)”

“Si no se nos permite presentar a Dios la menor ofrenda cuando no vivimos en paz con nuestros hermanos, ¿con cuánta mayor razón seremos indignos de recibir el cuerpo de Jesucristo en semejante estado? (S. Jerónimo, —Ep. 82, ad Theoph., —sent. 48, Tric. T. 5, p. 247.)”

“No digáis, que no importa que los otros ofendan a Dios. El Señor dió su vida por los hombres, y vosotros le negáis hasta las palabras para su salvación. Sabed, pues, que en todas las ocasiones que se presenten de contribuir a la conversión de vuestro hermano, aunque fuera preciso dar la vida, lo debéis hacer así. (S. Juan Crisóst., Homl. 35, adv. Jud. 2, sent. 28, Tric. T. 6, p. 305.)”

“No se debe insultar al que comete alguna falta, sino advertirle, sin causarle confusión; se le debe aconsejar, y no acusar; se le debe corregir con afecto, y no inquietarse contra él con insolencia. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 49, Tric. T. 6, p. 309.)”

“Nunca nos amamos recíprocamente con aquel amor que viene de Dios: sino que buscamos motivos de amar, o en la conexión de la sangre, o en la amistad humana, o en la conversación civil, y no nos gobierna aquella caridad divina que había de ser la fuente y principio de nuestro amor. (S. Juan Crisóst. Homl. 60, cap. 18, Math., sent. 65, Tric. T. 6, p. 312.)”

“Cuando veis que muere alguno de vuestros parientes, no os aflijáis, pero entrad en vosotros mismos, consultad vuestra misma conciencia, y reflexionad que muy presto habéis de morir como él. Sirvaos este pensamiento para curaros vuestra pereza y negligencia, y haceros que examinéis vuestras acciones, corrigáis vuestras faltas y mudéis de vida. (S. Juan Crisóst., sent. 212, Tric. T. 6, p. 342.)”

“Cuando alguno es amado de aquel a quien ama, en el mismo amor recibe su recompensa: pero cuando no es amado de aquel a quien ama, tiene a Dios por deudor de su amor. Pero además de esto, cuando no os ama aquel a quien amáis, debéis ayudarle y convidarle por todos los caminos posibles a cumplir con la amistad que os debe. Guardaos mucho de decir: yo no le amaré, supuesto que él me aborrece: porque por lo mismo que él os aborrece, le debéis mirar con más amor. (S. Juan Crisóst., Homl. 27, c. 15, sent. 297, Tric. T. 6, p. 362.)”

“Si la caridad estuviera esparcida por todas partes, nacerían de ella una infinidad de bienes. Por demás estarían las leyes y los jueces, y todos los reglamentos que se han hecho para mantener la sociedad civil entre los hombres: porque si todos amaran y fuesen amados, ninguno haría injuria al otro: no se verían homicidios, guerras, sediciones ni robos en el mundo: todos los males quedarían desterrados: no se conocería el nombre de vicio: no hubiera pobreza ni demasiada abundancia entre los hombres, y gozarían estos de todo lo bueno que hay en estos dos estados, es a saber: la comodidad de las riquezas, y la exención de cuidados que los pobres disfrutan: de suerte que ni la solicitud nos oprimiría, ni el temor de que todo nos faltase. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, c. 15, sent. 317, Tric. T. 6, p. 368.)”

“Haced por los demás lo que quisierais que se hiciere por vosotros. No dice Jesucristo, no hagáis lo que quisierais que hiciesen por vosotros; dice otra cosa más grande, porque esto sería abstenerse de hacerles mal; pero el Señor nos pide que les hagamos bien, y en este mismo mandamiento comprende tácitamente la prohibición del mal. Aún hay más, porque no dijo solamente deseades todo bien, sino hacedles bien. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, c. 8, ad Corint., sent. 336, Tric. T. 6, p. 374.)”

“No me digáis ¿a dónde irán los que no han hecho bien alguno? Porque yo os declaro que no hacer bien, es hacer mal. Y a la verdad, decidme, ¿si tuvierais un criado que no fuese entregado a la embriaguez ni a otros vicios, pero que pasase todo el tiempo en la ociosidad

y en la pereza, sin hacerle servicio alguno, ¿no le castigaríais? ¿Pero si no ha hecho mal alguno? Eso mismo es un grande mal... (S. Juan Crisóst., Homl. 16, sent. 344, Tric. T. 6, p. 375.)”

“Imita a los buenos, sufre a los malos, ama a todos: pues no sabes lo que será mañana el que hoy es ser malo. (S. Agust. de Cath. rud. c. 27, sent. XV, adic. Tric. T. 7, p. 484.)”

“Aquel a quien se le manda amar al prójimo como a sí mismo, debe primero saber amar. (S. Bern., Tract. de Offic., c. 4, n. 13, sent. 44, Tric. T. 10, p. 325.)”

“Pide la caridad que sientas tu dolor, para que no tengas motivo de pena. Quiere que sepas tu miseria, para que empieces a no ser infeliz. ¡Oh caridad! buena madre, la que cuando fomenta a los débiles ejercita a los provecos, y reprende a los inquietos. Aunque aplica diversos remedios a diferentes personas, a todos los ama como a hijos. Cuando te reprende es benigna, cuando te halaga es sencilla; suele castigar con piedad, regalar sin engaño; sabe enojarse con paciencia, e indignarse con humildad. (S. Bern., Epist. 2, ad Fulc. puer., sent. II, adic. Tric. T. 10, p. 344.)”

“Nuestro Divino Maestro nos dice que su Ley se compendia en estos dos preceptos: Amar a Dios, y al prójimo, como a nosotros mismos. Esto nos recomienda el Apóstol Virgen, cuando exhortando a sus discípulos les recomienda el amor de Dios, —como puede verse en el capítulo segundo de su primera carta, y en el tercero de la misma,— a la caridad fraternal, la que puede compendiarse en el versículo diez y ocho, que les decía: ‘Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.’ Y San Pablo en su primera carta a los de Corinto, y capítulo trece, dice: que ni el don de lenguas, profecía, te, curaciones, ni el martirio, de nada servirían sin la caridad; porque esta es ‘paciente, benigna: la caridad no es envidiosa, no es temeraria ni precipitada, no se enorgullece, no es ambiciosa ni busca sus propios bienes, no se ofende, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad. Todo lo sobrelleva: todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia’, versículos 4, 5, 6, 7 y 8. Luego no hay excusa para no amar al prójimo.”

Alma y sus potencias.— “No lleva el hombre en el rostro la semejanza de Dios. Este sello le lleva en la substancia espiritual que de él ha recibido: el alma es la que copia el carácter de Dios: el alma

expresa la forma divina en el libre albedrío. La misma ley confirma la libertad del hombre: porque no se le impondrían preceptos, a quien no tuviera libre albedrío para cumplirlos, ni amenazaría Dios con la muerte si el hombre quebrantase la ley, sin poderlo evitar. Por otra parte, sería una cosa extraña que el hombre, señoreándose en todo el mundo, no dominara a su espíritu, o que siendo Señor de otros, fuera esclavo de sí mismo. (Tertuliano, lib. 2, contra Marcion, cap. 5 y 6, sent. 26, Tric. T. 1, p. 202 y 203.)”

“Cuanto más elevada en dignidad y superior al cuerpo es nuestra alma, tanto son mayores los pecados espirituales que los corporales. (S. Basilio, de vera Virg., sent. 30, Tric. T. 3, p. 196.)”

“Una especie de Trinidad hay en nuestra alma, por lo que está formada a semejanza de la Trinidad Divina. Porque con tener el alma una sola naturaleza, contiene, no obstante, tres potencias diferentes, que son, la voluntad, el entendimiento y la memoria. Estas tres Potencias están señaladas en el primer precepto: amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas: esto es, con todo tu entendimiento, con toda tu voluntad y con toda tu memoria. Porque (en la debida proporción) así como el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, así la voluntad nace del entendimiento, y la memoria procede de las dos potencias. (S. Ambrosio, -cap. 2, de dignit. cond. human. -sent. 9, Tric. T. 4, p. 314.)”

“Con los tres más nobles empleos de nuestra alma se nos manda amar a nuestro Criador: así como le conozcamos, así le amemos, y como que le amamos, siempre le tengamos en la memoria. No es suficiente conocerle, si la voluntad no se ocupa en amarle, ni bastarán estas dos cosas, si al mismo tiempo no está la memoria ocupada en el Dios que conocemos y amamos. Para que, pues, no hay momento en que el hombre no sienta los influjos de la bondad y misericordia de Dios, tampoco pase un instante en que no le tenga presente la memoria. Por esto me parece que se dijo justamente, que el hombre interior es imagen de Dios. (s. Ambrosio, de dign. cond. Homl. 2, sent. I., adic. Tric. T. 4, p. 392.)”

“El alma se desata, el cuerpo se deshace: lo que se desata, se alegra: y lo que se deshace, nada siente. (S. Ambrosio, sent. XV, adic. Tric. T. 4, p. 397.)”

“El alma del fiel es templo de Cristo; a esta has de adornar y vestir para recibir en ella a Jesucristo. (S. Jerón., ad Paul., ep. 13, sent. III, adic. Tric. T. 5, p. 352.)”

“La calma y la tranquilidad de vuestra alma debe advertirse en todas vuestras acciones y palabras; y vuestros pensamientos jamás se deben alejar de la presencia de Dios. (S. Paulino, sent. 25, Tric. T. 5, p. 333.)”

“La torpeza y negligencia de las almas es una mancha que se acerca a la muerte. (S. Paulino, Ep. 36, ad Macarium, sent. XV, adic. Tric. T. 5, p. 362.)”

“Cuando sentimos en nuestro cuerpo alguna enfermedad, hacemos todo lo posible, y todo lo sufrimos, hacemos los mayores gastos por ver si nos libertamos: mas cuando nuestra alma se ve en descaecimiento mortal, disimulamos y dilatamos la aplicación del remedio. (S. Juan Crisóst., Homil. 14, sent. 42, Tric. T. 6, p. 308.)”

“Nuestra alma, que todavía se halla débil en las tentaciones y peligros de esta vida, tiene por consuelo la palabra de Dios, la oración y las conversaciones espirituales. (S. Agust., Salm. 62, sent. 95, Tric. T. 7, p. 463.)”

“Cada uno vende su alma al demonio cuando peca, y el precio que recibe es la dulzura del deleite transitorio. (S. Agust., -Quaest. ex Epist. ad Rom. c. 42,- sent. XVI, adic. Tric. t. 7, p. 484.)”

“Si parece razonable, y aun religiosa acción salir un día de fiesta con más precioso vestido, y manifestar con el traje la alegría del alma: si en estos días adornamos en cuanto es posible la misma casa de oración con más magnificencia y cuidado, ¿no será razón que el alma cristiana, que es verdadero y vivo templo de Dios, se adorne prudentemente, y que cuando ha de celebrar el misterio de nuestra redención sea muy circumspecta en precaverse, para que no la ofusque mancha alguna de iniquidad, o la deshonre la fealdad de la doblez del corazón? Porque ¿de qué sirve manifestar en lo exterior la decencia, cuando el interior está manchado en los vicios? Es necesario, pues, cautelarse con el mayor cuidado contra todo cuanto puede desfigurar la hermosura del alma, o deslastrar su pureza. Examine cada uno lo más oculto de su conciencia, y constitúyase a sí mismo por severo Juez para censurar sus propios defectos. (S. León Papa, Serm. 40, sent. 34, Tric. T. 8, p. 390.)”

“Si la carne se nutre y se sustenta con las cosas delicadas, el alma por el contrario se ejercita con la aspereza y austeridad. La carne se sustenta con los placeres, el alma se conforta con las amarguras. Lo que es doloroso hiere a la carne, y lo que suave y regalado, quita la vida al espíritu, y así como lo que es demasiado penoso y laborioso,

mata al cuerpo, así con lo que es agradable y delicioso, parece el alma. Con razón, pues, dice la Escritura: La esperanza de las gentes carnales es la abominación de su alma: porque lo mismo que hace vivir al cuerpo por algún tiempo agradablemente, es lo que gusta al alma la vida para toda la eternidad. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 24, p. 358, sent. 51, Tric. T. 9, p. 250.)”

“Es preciso considerar a qué pena fuimos condenados en este miserable destierro, en el que estamos sumergidos en tan espesas tinieblas, que no podemos ver bien ni conocernos a nosotros mismos; tal vez cometemos el mal, sin advertirlo aun después de haberle ejecutado. Nuestra alma desterrada y separada de la luz de la verdad, no halla en sí misma otra cosa que una oscura noche, y algunas veces está a la orilla del pecado, y no lo ve. Esta es la ceguedad a que quedó condenada en este destierro. Separada de la divina luz, ha perdido al mismo tiempo el conocimiento de lo que era, porque no ha aspirado con suficiente amor y fuerza a contemplar al descubierto el rostro de su Criador. (S. Greg. el Grande, lib. II, c. 214, p. 386, sent. 55, Tric. T. 9, p. 251.)”

“El ánimo distraído y derramado no siente los daños interiores. (S. Bernardo, de Convers., ad Cler., c. 5, sent. 13, Tric. T. 10, p. 323.)”

“Todo lo que es menos que Dios, no podrá llenar a una alma capaz de Dios. (S. Bern., de Cont. mund., n. 33, sent. 109, Tric. T. 10, p. 328.)”

“El alma que ama a Dios no requiere otro premio de su amor que al mismo Dios: si otra cosa busca, esta es a la que ama, y no a Dios. (S. Bern., de dilig. Deo, n. 17, sent. 163, Tric. T. 10, p. 332.)”

Altar.— “Hablando de la Eucaristía, S. Ireneo dice, que Dios nos manda, como al antiguo pueblo, hacerle continuamente y sin interrupción nuestras ofrendas sobre el Altar, aunque no haya necesidad. (S. Ireneo. Bergier. Tomo 1, p. 191.)”

“Orígenes habla de los fieles que hacían regalos para el adorno de las Iglesias y de los Altares. (Homil. 10, sobre Josué, Bergier, T. 1, p. 191.)”

“San Cipriano opone la Iglesia al capitolio, y los altares del Señor a los altares de los ídolos. (Epis. 55, a Cornelio, Bergier, idem, idem.)”

“Eusebio habla de una Iglesia y de un altar en la ciudad de Cesarea, bajo el imperio de Galiano; por consiguiente a mediados del siglo tercero. (Eusebio, Histor. Eclesiást., lib. 7, c. 15. Bergier, Tomo 1, p. 191.)”

“Este Santo Altar a que asistimos, es por su naturaleza una piedra común... Mas después que se consagró para el culto, y recibió la bendición, es una mesa santa y un altar inmaculado, que solo los Sacerdotes, y éstos con veneración deben tocar. El pan también es primero un pan común; pero ya misteriosamente sacrificado, se hace el cuerpo de Cristo y se llama así. (S. Greg. de Nisa, de Bapt. Chr. sent. XVII, adic. Tric. T. 4, p. 363.)”

Angeles.— “Es una verdad fundada en la infalible autoridad de la Escritura, que los Angeles están establecidos sobre nuestra conducta, y que ofrecen todos los días a Dios las oraciones de los que son salvos por Jesucristo. (S. Hilario, in Matthaeum, c. 18, sent. 7, Tric. T. 2, p. 258.)”

“El Angel del Señor tiene su campo alrededor de los que le temen. Todo el que cree en Jesucristo tiene un Angel que le asista, si no le arroja de sí con alguna mala acción. (S. Basilio, in Psalm. 33, sent. 8, Tric. T. 3, p. 191.)”

“¡Ojalá quisiera Dios que cuando quemamos el incienso sobre nuestros altares, y ofrecemos el sacrificio, se descubriesen visiblemente los Angeles, como le sucedió a Zacarías! No hemos de dudar que hay siempre Angeles presentes cuando se presenta el mismo Jesucristo, cuando es sacrificado Jesucristo. (S. Ambrosio, in Luc. c. 1, sent. 95, Tric. T. 4, p. 328.)”

“Por ser nosotros muy débiles para llegar por nosotros mismos hasta la habitación de nuestro celestial Médico, debemos implorar los ruegos de los Santos Angeles que Dios nos ha dado para socorrernos. (S. Ambrosio, sent. 142, Tric. T. 4, p. 343.)”

“Los Angeles ven continuamente el rostro del Padre celestial. Grande es la dignidad de las almas, pues tiene cada una desde el instante en que nace un Angel deputado por Dios para su guarda. (S. Jerón., in c. 18, Matth., sent. 99, Tric. T. 5, p. 256.)”

Apóstoles.— “Si los Apóstoles y Mártires rogaron por los otros durante su vida, y en un tiempo en que todavía debieran estar cuidadosos de sí mismos: ¿cuánto más bien podrán hacerlo, conseguidas sus coronas, victorias y tributos? ¿Tendrán acaso menos poder ahora que están con Jesucristo, en el que antes tenían. (S. Jerón., Advers. Vigilantium., sent. 44, Tric. T. 5, p. 246.)”

“Sin duda es grande prueba de la omnipotencia de Jesucristo ver, que en 20 ó 30 años, se ha esparcido el Evangelio por todo el mundo. ¿Quién no admirará un prodigio tan inaudito? Aun cuando los Roma-

nos vencían y destruían los ejércitos numerosos de los Judíos, no pudieron defenderse de doce hombres pobres y destituidos de todo auxilio, que los vencieron sin armas. (S. Juan Crisóst., Homl. 76, in c. 18, Matth., sent. 67, Tric. T. 6, p. 312.)”

“Si decís que los Apóstoles no hicieron milagros, en eso mismo dáis a entender que estuvieron sostenidos de una virtud muy extraordinaria, y de un poder absolutamente divino, para poder convertir toda la tierra a la fe, sin convencer a los hombres con milagros: pues solo este milagro hubiera sido el más prodigioso de todos. (S. Juan Crisóst., sent. 242, Tric. T. 6, p. 349.)”

“Desde que los Apóstoles recibieron la gracia, en todas partes dan la primacía a San Pedro: y le anteponen en sus juntas, aunque pareciese más rudo que todos. (S. Juan Crisóst., Homl. 51, in Matth., sent. IV, adic. Tric. T. 6, p. 452.)”

Avaricia: ambición.— “No conocen los avaros que sus riquezas son para ellos suplicios de buenas apariencias: que están presos con cadenas de oro: que están poseídos de sus propios bienes, en vez de ser dueños libres. ¡Oh detestable ceguedad! ¡Oh profundas tinieblas las de una codicia insensata! Pudiendo descargarse del peso que los abrumba, trabajan por aumentarle, y juntando cada día nueva materia a sus cuidados, insisten en agravarle más. (S. Cipriano, Carta 1.^a a Donato, sent. 3, Tric. T. 1, p. 295 y 296.)”

“¡Oh, hombre, reconoce al que te ha dado lo que tienes! Acuérdate de ti mismo, considera lo que eres, las cosas que se te han dispensado, de quien las has recibido, y por qué favor te ves colocado sobre los otros. Tú eres ministro de un Dios soberanamente bueno: tú eres el dispensador de sus bienes, para lo que son como tú siervos de un mismo dueño. Mira, pues, esos bienes que tienes en tus manos como que no son tuyos, sino de otro, y sabe que algún día te han de pedir cuenta exacta y rigurosa. (S. Basilio, de avaritia, sent. 13, Tric. T. 3, p. 192 y 193.)”

“Algunos piensan que solamente hay usura en el empréstito del dinero: pero las Escrituras divinas en todas las cosas condenan la práctica de exigir más de lo que se ha dado. A la verdad, vemos que en el campo se suele tomar usura del trigo, del vino, del aceite y de los demás frutos de la tierra, o como la Escritura lo llama, la superabundancia. Se prestarán, por ejemplo, diez medidas de grano en el invierno, y se recibirán quince al tiempo de la cosecha, lo que es una mitad más que lo prestado; de suerte que los que solo exigen una

cuarta parte más, creen que son los más justos del mundo, y suelen discurrir así: La medida que yo presté ha producido diez al que la recibió; será, pues, justo que yo tome para mí media medida más de aquel que por liberalidad mía se aprovecha de nueve y media. Mas os engañáis, responde el Apóstol, ninguno se burla de Dios, porque yo preguntaré a este usurero tan caritativo, ¿si prestó al rico o al pobre? Porque si era rico no le debía prestar: si prestó a persona constituida en necesidad, le preguntaré, ¿por qué, pues, has exigido más que lo que prestaste. Otros hay que en vez de dinero reciben presentes de diversos modos: sin querer entender que todo lo que se pide más de lo que se ha prestado, debe llamarse usura y superabundancia. (S. Jerón., lib. 6, c. 18, sent. 77, Tric. T. 5, p. 232.)”

“Prohíbe la ley tomar usuras por lo que se presta. La usura no es otra cosa que recibir más de lo que se ha dado. (S. Jerón., in Psalm. 54, sent. 105, Tric. T. 5, p. 257.)”

“Porque la abundancia inflama más y más la avaricia, no se la puede tener por felicidad: pues esta no puede estar en lo que nos ayuda a ser malos. Al contrario, los que sirven en la pobreza cultivan la virtud, que es el más bello y el mayor de todos los bienes. (Teodoro, Serm. 6, sent. 6, Tric. T. 8, p. 263.)”

“Tal vez es menos perniciosa la ambición satisfecha en sus deseos, que frustrada en sus pretensiones; porque en este caso se vale de medios violentos.— (S. Bern., Ep. 126, sent. 30, Tric. T. 10, p. 324.)”

“La ambición es la cruz de los ambiciosos, este es un vicio que a todos agrada, y a todos atormenta. (S. Bern., 3 de Consid., c. 1, sent. 136, Tric. T. 10, p. 330.)”

“El insaciable amor de las riquezas, mucho más atormenta con el deseo, que consuela con la posesión. (S. Bern., de convers., ad Cler., n. 13, sent. 145, Tric. T. 10, p. 330.)”

Ayuno: abstinencia.— “El ayuno cura nuestras enfermedades, seca los humores superfluos de nuestros cuerpos, pone en fuga los demonios, arroja los malos pensamientos, purifica el espíritu, limpia el corazón, santifica el cuerpo, eleva los hombres hasta el trono de Dios. Por último, el ayuno es el alimento de los Angeles, y el que le practica, se puede considerar como en el orden de aquellos bienaventurados espíritus. (S. Atanasio, de Sanctiss. Deipara, sent. 5, Tric. T. 2, p. 172.)”

“Si el demonio os impele a practicar austeridades tan excesivas que altere vuestra salud, y que vuestro cuerpo se inutilice, y sea

incapaz de todos los ejercicios, no sigáis su instigación, antes bien, moderad vuestros ayunos. (S. Atanasio, *ibid.*, sent. 6, *Tric. T. 2*, p. 172 y 173.)”

“Ayunamos y nos abstenemos del vino y de la carne, no por horror, como si fueran cosas malas, sino porque esperamos que en recompensa de privarnos aquí de un alimento agradable a los sentidos, gozaremos en el cielo de un alimento divino, y que sembrando ahora con lágrimas, cogemos algún día con gozo abundante cosecha. (S. Cirilo de Jerusalén, *Cath. 4*, sent. 5, *Tric. T. 2*, p. 336.)”

“No hay tierra, sea isla o continente, no hay ciudad o nación hasta las extremidades más remotas del mundo, en donde el edicto general del ayuno no se haya hecho público: los soldados, los caminantes, los marineros, los mercaderes, todos le han oído y recibido con grande alegría. Nadie, pues, se excluya del número de los que ayunan, pues en él debe comprenderse toda suerte de condiciones y dignidades. (S. Basilio, *Orat. 2*, sent. 12, *Tric. T. 3*, p. 192.)”

“No volváis ni a la derecha ni a la izquierda; así como es peligroso pasar los límites de la templanza en el comer, también es fuera de razón abatir demasiado el cuerpo con abstinencias excesivas, inutilizándole para todo lo bueno por haberle enflaquecido demasiado. Estamos, pues, obligados a cuidar de nuestros cuerpos, no sólo por el amor natural, sino para podernos servir de ellos en los ejercicios de la filosofía cristiana. (S. Basilio, de Vera Virg., sent. 26, *Tric. T. 3*, p. 195.)”

“No dice simplemente el Apóstol que no se ha de cuidar de su carne, sino que añade, para satisfacer a sus deseos. Se debe, pues, reprimir con los ejercicios de la continencia la propensión e inclinación de la carne a los deleites y los vicios: pero al mismo tiempo se ha de procurar conservarla con las fuerzas que se necesitan para adquirir las virtudes. (S. Basilio, *ibid.*, sent. 27, *Tric. T. 3*, p. 195.)”

“Estamos desterrados del Paraíso por no haber querido ayunar. Ayunemos, para que se nos permita volver a él. (S. Basilio, *Homl. 1*, de jejun., sent. 4, *adic. Tric. T. 3*, p. 380.)”

“El ayuno es el alimento del alma y del espíritu, la vida de los Angeles, la muerte del pecado, la extinción de las culpas, el remedio de la salud, la raíz de la gracia, el fundamento de la castidad; por la escala del ayuno había subido Elías antes de entrar en aquel carro de fuego que le arrebató al cielo. (S. Ambrosio, de Elía et jejun., c. 3, sent. 23, *Tric. T. 4*, p. 320.)”

“Castigo mi cuerpo, y le reduzco a servidumbre. Castigar el cuerpo, es mortificarle con el ayuno, y no concederle sino lo necesario para vivir, de modo, que no llegue a darle placer; y entonces se le reduce a servidumbre, cuando no se le permite seguir su voluntad, antes bien se le obliga a hacer la del espíritu. (S. Ambrosio, c. 7, sent. 98, Tric. T. 4, p. 333.)”

“Para ayunar de modo que agradéis a Dios, es preciso ser benignos con vuestros criados, cariñosos con los extraños, caritativos con los pobres, levantaros temprano para ir a la Iglesia, dar gracias a Dios y pedirle perdón de vuestras culpas, implorar su misericordia por los pecados pasados, y su protección para evitarlos en adelante. (S. Ambrosio, Serm. 33, sent. 147, Tric. T. 4, p. 344.)”

“En otros tiempos del año hay algunos ayunos por los cuales se merece premio si se observa: mas en Cuaresma peca el que deja de ayunar. Los otros ayunos son voluntarios; pero los de Cuaresma son de obligación: a los otros nos convidan; pero a estos nos obligan: y no tanto son precepto de la Iglesia, como del mismo Dios. (S. Ambrosio, Serm. 3, sent. 148, Tric. T. 4, p. 344.)”

“La ley de la abstinencia es de Dios nuestro Señor: la prevaricación de esta ley es del demonio. Por comer nos vino la culpa, en la comida conocemos nuestra flaqueza, la virtud de la fortaleza está en el ayuno. (S. Ambrosio, de Elfa et jejun., c. 4, sent. XXI, adic. Tric. T. 4, p. 400.)”

“Cuando se ayuna todos los días, se ha de evitar tomar el alimento con exceso al fin del ayuno: porque es cosa inútil pasar dos o tres días sin comer, si se ha de desquitar con la gula de una sola comida el largo tiempo que se había dado al ayuno. (S. Jerónimo, Ad Eustoch., ep. 22, sent. 18, Tric. T. 5, p. 241.)”

“¿Qué haré yo para que Dios reciba agradablemente mi ayuno. Parte tu pan para dar al pobre. No os obliga la escritura a distribuir muchos panes, para que no os excuséis con la pobreza. Habla de un solo pan, y aún no *Ayuno* os pide que le deis entero, sino que deis al pobre tanto como hubierais comido, si no hubierais ayunado: para que vuestro ayuno no sirva al ahorro, sino al alimento del alma. (S. Jerón., lib. 6, in Isai., c. 58, sent. 60, Tric. T. 5, p. 248.)”

“En los días de ayuno debemos a ejemplo de Daniel abstenernos de manjares delicados, y no comer carne, ni beber vino. (S. Jerónimo, in cap. 20, sent. 79, Tric. T. 5, p. 252.)”

“Debemos mortificarnos no solo con el ayuno sino también en la calidad de las viandas. (S. Paulino, sent. 5, Tric. T. 5, p. 330.)”

“No os tengáis ya por Santos, por haber empezado a practicar el ayuno y la abstinencia: porque estas virtudes son solamente medios para ayudaros a conseguir la santidad, mas no son la perfección. (S. Paulino, sent. 26, Tric. T. 5, p. 333.)”

“La abstinencia y la mortificación del cuerpo son excelentes virtudes, cuando al mismo tiempo nos abstenemos de los vicios y pecados. (S. Paulino, *Ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“No os contentéis con que ayune la boca: ayunen también los ojos, los oídos, los pies, las manos y todo vuestro cuerpo. (S. Juan Crisóst., Homil. 3, sent. 8, Tric. T. 6, p. 301.)”

“Si no tenéis la salud suficiente para ayunar, a lo menos os podéis abstener de las delicias; y esta especie de abstinencia, apenas en nada es inferior a la del ayuno. (S. Juan Crisóst., Homil. 58, cap. 17 in *Matth.*, sent. 64, Tric. T. 6, p. 312.)”

“No ayunamos por razón de la fiesta de la Pascua, sino por nuestros pecados, y por la preparación que debemos llevar para recibir los sagrados misterios: pues por otra parte, la solemnidad de la Pascua no es ocasión de ayuno y mortificación, antes bien, lo es de alegría. (S. Juan Crisóst., Serm. 3, adv. Jud., n. 4, sent. 222, Tric. T. 6, p. 344.)”

“Los ayunos vencen las concupiscencias, rechazan las tentaciones, abaten la soberbia, mitigan la ira, y alimentan hasta su madurez todos los afectos virtuosos de la buena voluntad; esto se entiende cuando los acompaña la benevolencia de la caridad y el prudente ejercicio de las obras de misericordia. (S. León, Papa, Serm. 15, c. 2, sent. 10, Tric. T. 8, p. 384.)”

“No basta extenuar el cuerpo con la abstinencia, si no adquiere el alma nuevas fuerzas. Cuando se procura afligir al hombre exterior, es preciso confortar el interior. Cuando negamos a la carne el alimento corporal, se debe alimentar el alma con delicias espirituales. (S. León, Papa, Serm. 39, c. 5, sent. 32, Tric. T. 8, p. 389.)”

“A tan grandes misterios se debía tan incesante devoción y tan continuada reverencia, que nos presentásemos a la vista de Dios, cual es razón que nos halle en la fiesta de la Pascua: mas porque esta fortaleza es de pocos, y por la fragilidad de la carne se relaja, la austeridad de la observancia —pues, distraídos del cuidado principal con las varias ocupaciones de esta vida, aun las almas más virtuosas contraen el polvo del mundo—, ha ordenado el Señor con la más sabia conducta el ayuno de los cuarenta días para renovar la pureza de los corazones, purificándonos de las culpas de los otros tiempos con las

obras de devoción y con los castos ayunos. (S. León, Papa, Serm. 42, sent. 36, Tric. T. 8, p. 390.)”

“La perfección de nuestro ayuno no consiste en sola la abstinencia del alimento, ni se priva al cuerpo de la comida con fruto, si el alma no se retira de la iniquidad, y la lengua no se refrena en las murmuraciones. Debemos, pues, moderar la libertad de comer, de tal modo que sujetemos a la misma ley los otros deseos. Este tiempo, en que, purificados de las manchas de todos los vicios, debemos aspirar a la perpetuidad de las virtudes, es tiempo de mansedumbre, paciencia, paz y tranquilidad: es tiempo de perdonar las ofensas, de despreciar las injurias, y de olvidarnos de los agravios recibidos. (S. León, Papa, Serm. 42, sent. 37, Tric. T. 8, p. 391.)”

“Supuesto que tomamos esta mortificación para extinguir el incentivo de los deseos carnales, ningún género de continencia debemos procurar tanto como el vivir sobrios, sin alguna injusta voluntad, y permanecer ayunos de toda acción que sea contraria a las buenas costumbres. Este ejercicio no excluye a los enfermos, por más indispuestos que estén: porque también en el cuerpo inútil y consumido se puede hallar la integridad del corazón, y siempre se pueden colocar los fundamentos de la virtud, en donde tuvo su asiento la iniquidad. La misma enfermedad de la carne es suficiente penitencia, y tal vez excede a las mortificaciones voluntarias: pero es preciso que el alma cumpla su deber, y ya que no se sustenta con los manjares del cuerpo, no se alimente con alguna injusticia. (S. León, Papa, Serm. 44, c. 2, p. 168, sent. 38, Tric. T. 8, p. 391.)”

“Los que habéis de celebrar la Pascua del Señor, ejercitaos de tal modo en santos ayunos, que concurráis a tan sagradas fiestas, libres del tumulto de las pasiones. Arroje el amor a la humildad al espíritu de soberbia, raíz de todos los pecados, y abátase con la mansedumbre la altivez: y los corazones, exasperados con alguna ofensa, procuren, reconciliándose entre sí, volver a la unión y la concordia. No volviendo a ninguno mal por mal, perdonándoos unos a otros, así como Jesucristo nos perdonó. (S. León, Papa, Serm. 44, sent. 39, Tric. T. 8, p. 391.)”

“Hemos de ayunar de tal modo, que en vez de reservarnos el precio de lo que en otro tiempo costaría la comida, se lo demos a los pobres. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 46, sent. 9, Tric. T. 9, p. 45.)”

“Santificar el ayuno es manifestar con otras buenas obras que nuestra abstinencia es digna de Dios. Se debe advertir a los que se

abstienen, que ofrecen a Dios una abstinencia agradable si dan a los pobres los alimentos de que ellos mismos se privan. (S. Gregorio el Grande, sent. XIV, adic. Tric. T. 9, p. 382 y 383.)”

B

Bautismo— “En la epístola a los Hebreos se dice: Que es imposible que los que una vez fueron iluminados, y después cayeron, sean renovados segunda vez por la penitencia. Esto no quita a los pecadores el recurso de la penitencia, sino que enseña que el Bautismo de la Iglesia es uno y no se reitera. Porque el Apóstol hablaba con los Hebreos, para que no pensasen que había entre nosotros muchos Bautismos, y que se podía recurrir a estos cada día como entre ellos se practicaba con las purificaciones legales: de este modo les exhorta a la penitencia como a único remedio, y al mismo tiempo les asegura que solo hay una renovación, el Bautismo, y que no resta después de él otra semejante. Lo mismo dice en otra carta, una fe y un Bautismo. No dice, pues, que es imposible la penitencia, sino que es imposible renovarnos con pretexto de penitencia: estas dos cosas son muy diferentes; porque el que hace penitencia, cesa de pecar, pero conserva las cicatrices de sus heridas. Mas el que recibe el Bautismo, se despoja del hombre viejo, y se renueva con un nacimiento celestial, que obra en la gracia del Espíritu Santo. (S. Atanasio, sent. 25, Tric. T. 2, p. 177.)”

“Nuestro Señor quiso verse tentado así que recibió el Bautismo, para darnos a entender que el demonio combate principalmente contra los que han sido santificados: porque los Santos son a los que más desea vencer. (S. Hilario, in Matth., c. 3, sent. 22, Tric. T. 2, p. 263.)”

“Consiste principalmente la fuerza y virtud del bautismo en el pacto que en él hacemos con Dios, de vivir con una segunda vida más pura y perfecta que la primera; por lo cual, cada uno de nosotros debe vivir con grande temor, y guardar su corazón con exactísimo cuidado, para no faltar a un pacto tan divino. Porque si los hombres toman a Dios por testigo para asegurar la alianza que contraen con otros hombres, ¿cuánto más peligroso será violar la que hemos hecho con el mismo Dios, y ser no solamente reos de nuestros pecados, sino

también de la culpa de haber faltado a la palabra que tan solemnemente hemos jurado ante el tribunal de la suprema Verdad? (S. Gregorio Nacianc., Orat. 40, sent. 48, Tric. T. 3, p. 360.)”

“Todos los que estamos bautizados en Cristo, fuimos bautizados en su muerte. Si nos hemos conformado a su muerte, ya en adelante ha muerto en nosotros todo pecado:... huye, pues, de nosotros execrable e infeliz; pues pretendes despojar a un muerto que en otro tiempo estuvo contigo, y por los deleites sensuales había perdido el sentido. El que ha muerto no tiene amor a los cuerpos, ni le cautivan con las riquezas; el que ha muerto, a nadie calumnia, ni miente, ni roba. (S. Greg. de Nisa, de Bapt. Chr., sent. 13, adic. Tric. T. 4, p. 364.)”

“De tres modos se perdonan los pecados. Por el Bautismo se quitan, con la caridad se cubren, y con el martirio ya no se le imputan al mártir. (S. Jerón., in Psal. 31, sent. 11, adic. Tric. T. 5, p. 355.)”

“Al que ha vivido muchos años después de su Bautismo, no le basta no haber hecho mal; en este es muy grande mal no haber hecho bien alguno, habiendo tenido tiempo. El Bautismo nos libró de todos los males, que son los pecados: pero con la gracia de Dios debemos cumplir, con todo lo bueno: para que no suceda, por no ocuparnos con las buenas obras, que vuelva el espíritu inmundo que arrojó de nosotros la gracia de Jesucristo; y hallándonos vacíos de buenas obras, traiga consigo siete espíritus más malos que él, y se ponga el hombre en otro estado peor que el primero. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 64, sent. 12, Tric. T. 9, p. 45 y 46.)”

Blasfemia.— “Si oís alguno blasfemar cuando pasáis por la calle, le debeís reprender, y si es persona que depende de vosotros, castigarle si es menester: santificad de este modo vuestra mano, y si os delata a la justicia, y os hace comparecer en juicio para que os castiguen por la ofensa que habéis hecho, entrad con valor y responded con entereza, que no pudísteis sufrir que vomitase blasfemias contra el Rey de los Angeles. Pues si los que dicen injurias contra el Rey de la tierra son dignos de castigo, ¿cuánto más lo merecerán los que ultrajan al Rey del cielo? Aun cuando por este motivo os hubieran de quitar la vida, no por eso desistáis de corregir a vuestro hermano, porque esto sería un verdadero martirio. (S. Juan Crisóst., Homl. 1, ad popul. Antioch., sent. 2, Tric. T. 6, p. 300.)”

“San Gregorio el Grande cuenta que un niño de cinco años, que ya tenía la costumbre de blasfemar, fue arrancado por el demonio de los brazos de su padre y no volvió a parecer. (Barbier, T. 1, p. 156.)”

“Habiendo blasfemado cierto León de Poitiers, dice San Gregorio de Tours, Dios le castigó; se volvió sordo, mudo, y murió después de haber perdido la razón. (Barbier, *ibid.*)”

“El Emperador Justiniano castigó con la última pena a los blasfemos. Felipo Asequeto, Rey de Francia, los condenó por medio de un edicto a ser ahogados. Roberto, hijo de Hugo Capeto, habiendo pedido un día a Dios, en la ciudad de Orleans, que se sirviese devolver la paz y tranquilidad a su reino, se le apareció Jesucristo y le dijo que no tendría paz hasta que hubiese hecho cesar a los blasfemos, frecuentes en aquel tiempo. San Luis mandó que a los blasfemos, de cualquiera condición que fuesen, se les atravesara la lengua con hierro candente. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

Empero, no necesitamos buscar en otras naciones leyes, edictos ni decretos: bien claras y patentes existen en la ley 4, lib. 12, tit. 28 de la Novísima Recopilación: “impone al blasfemo cincuenta azotes por la primera vez, señalamiento con hierro caliente en los labios, y cortarle la lengua por la tercera. Acev. en dicha ley, citando a Pérez y Covarrubias, la pena por segunda vez se suele conmutar en ponerle una mordaza por mano del verdugo y llevarle así públicamente, y la tercera, en horadarle la lengua. Por la Real Pragmática de Toledo por D. Carlos V, año de 1525, y en lo que en el día se practica, incurre en la pena de un mes de prisión por la primera, seis meses de destierro y una multa por la segunda, etc. etc. (Bergier, —nota T. 2, p. 155.)”

Bondad de Dios.—“Cristo nuestro Señor, por su inmenso amor se hizo lo que somos para perfeccionarnos hasta ser lo que El mismo es. (S. Ireneo, sent. 1, Tric. T. 1, p. 344.)”

“Dios tiene misericordia de nosotros, nos castiga, nos exhorta, nos advierte, y nos salva: y por un exceso de su misericordia nos promete el Reino de los cielos, y en premio de haber seguido su doctrina: en todo esto no tiene otro interés, que la complacencia de salvarnos. (S. Clemente, exhortación a los Gentiles, sent. 1, Tric. T. 1, p. 123.)”

“Si Dios fuera solamente piadoso, abusaríamos de su bondad, y si solamente justiciero, la desesperación de los pecados cometidos, nos precipitaría en el abismo de todos los vicios. Dice Orígenes, que nosotros somos los hijos de Judá, por traer Jesucristo su origen de esta tribu. (Homl. 4 in Jerem., sent. 5, Tric. T. 1, p. 247 y 248.)”

“De Dios es: de Dios es todo cuanto podemos: de allí nos viene la vida y la fortaleza. (S. Cipriano, Epist. 1, a Donat., sent. 2, adic. Tric. T. 1, p. 378.)”

“Dios no se porta como tirano con los hombres, ni los juzga con dureza inexorable; considera su flaqueza, y no mide por la inmutabilidad de su divina substancia, la inconstancia y fragilidad de la humana naturaleza: como es justo y moderado, solamente pide al hombre aquello de que es capaz su naturaleza con la gracia. (S. Hilario, in Psalm. 142, sent. 19, Tric. T. 2, p. 261.)”

“Dios no siempre se vale de la ocasión de los pecados de los hombres para perderlos, no está observando para esto el momento en que caen en el error y el pecado, como si estuviera ignorante de la debilidad de su naturaleza: muchas veces disimula sus faltas, y dilata el castigo, para darles con esta dilación tiempo para buscar el remedio y alivio de sus males en la penitencia. De este modo a todos da señales muy claras de su benignidad; porque con una conducta moderada entre la misericordia y la justicia, se reserva el poder de templar la severidad con el perdón. Lo más grande que yo hallo en Dios, y lo que yo alabo y admiro en su poder, no es el haber formado el cielo, pues es poderoso; no el haber fundado la tierra, pues es la misma fuerza; no el haber arreglado el año con el curso de los astros, pues es tan sabio; no el haber animado al hombre, cuando es la misma vida; sino el ser misericordioso siendo justo; el ser clemente siendo Rey; el ser sufrido siendo Dios; y esto es lo que se comprende en estas palabras: Contarán lo excesivo de vuestra benignidad, y celebrarán con alegría vuestra justicia. (S. Hilario, in Psalm. 144, sent. 20, Tric. T. 2, p. 261 y 262.)”

“Ni aún por las cosas necesarias debemos inquietarnos, ni confiar en ellas cuando las tenemos: cada uno debe dejar este cuidado a la divina Providencia. (S. Basilio, c. 4, sent. 43, Tric. T. 3, p. 197.)”

“Es preciso creer y confesar como cosa indubitable, que todo el bien que tenemos, y la misma paciencia en las incomodidades y males que sufrimos por Jesucristo, todo nos viene de Dios. (S. Basilio, Reg. 55, sent. 45, Tric. T. 3, p. 198.)”

“La prueba principal de la benevolencia paternal de Dios es que nos reprenda con sus castigos; como al contrario, es preciso reconocer que el alma a quien no castiga, está ya incurable. (S. Gregorio Nacina., Orat. 15, sent. 25, Tric. T. 3, p. 355.)”

“Así como los pobres nos miran a las manos cuando esperan que les demos algún socorro, así nosotros debemos estar atentos a las de Dios, de quien todo lo hemos de esperar. (S. Gregorio Nacina., Orat. 16, sent. 27, Tric. T. 3, p. 356.)”

“Hay algunos días en los que se necesita la lluvia, y oigo decir: ya entra la luna nueva y la traerá; pero he tenido la complacencia de ver que no ha caído gota de agua, hasta que las oraciones de la Iglesia nos han alcanzado la lluvia; por lo que conocemos con toda claridad, que no debemos esperar en mutaciones de la luna, sino en la providencia y bondad de Dios. (S. Ambrosio, lib. 4, Hexa. c. 7, sent. 2, Tric. T. 4, p. 312.)”

“Cuando nos falta toda humana asistencia, entonces debemos esperar más de la asistencia de Dios. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 17, sent. 4, Tric. T. 4, p. 313.)”

“Cuando Dios está irritado contra un pecador, se detiene en enviarle el castigo; siendo así, que le castiga cuanto antes, cuando tiene determinado usar con él de misericordia; le amenaza para corregirle, y le previene para perdonarle. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 43, Tric. T. 4, p. 322.)”

“Cuando Dios nos manifiesta indignación, lo hace para perdonarnos; cuando nos hiere, es porque quiere sanarnos; cuando entrega nuestro cuerpo al dolor y a la muerte, es para salvar nuestra alma. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 44, Tric. T. 4, p. 322.)”

“Dios que es bueno por esencia, jamás despidе al que le sigue, si él primero no se hace indigno y merece que Dios le arroje de sí. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 54, Tric. T. 4, p. 323.)”

“Nada ensalza tanto la grandeza de Dios como el reconocer que ha hecho algunas cosas, cuyas causas no podemos penetrar: la debilidad humana reputa por locura todo lo que no puede encerrar en los estrechos límites de sus conocimientos; debiendo comprender que este mismo juicio es una locura, y reconocer que, por el contrario, es grande prudencia creer que cuando se habla de una obra de Dios es natural que el hombre no pueda comprenderla. (S. Ambrosio, in Epist. ad Corinth., c. 2, sent. 97, Tric. T. 4, p. 332.)”

“La bondad es una virtud popular, porque a todo el mundo agrada. Nada se introduce tan agradablemente en nuestro espíritu, ni encanta tan fácilmente a los hombres: si la bondad va acompañada con la moderación en la disciplina, con la afabilidad en las conversaciones, con la cortesía de las palabras, con la paciencia e oír las respuestas de los otros, y con la modestia en todo cuanto se hace, no es creíble hasta qué punto llegará a cautivar los corazones. (S. Ambrosio, de Doctrin. fie ei, lib. 3, c. 7, sent. 131, Tric. T. 4, p. 340.)”

“¿Qué tienes que no hayas recibido? Supuesto, pues, que siempre

estás recibiendo beneficios de Dios, invócale continuamente; y por cuanto viene de su mano todo cuanto recibes, reconoce siempre que le eres deudor. (S. Ambrosio, de obitu Theod. Imper., sent. 145, Tric. T. 4, p. 344.)”

“No es suficiente que Dios me haya dado una vez, si no me da siempre. Yo pido para recibir, y cuando ya he recibido, pido todavía. Soy avariento de los beneficios de Dios, y como éste nunca se cansa de dar, yo jamás me canso de recibir. Cuanto más bebo en esta divina fuente, más sed tengo. (S. Jerón., ad Ctesiph. adv. Pelag. cp. 133, sent. 51, Tric. T. 5, p. 267.)”

“Nada hay que sea bueno, si no es eterno. ¿De qué me sirve haber sido ayer Rey, si hoy muero en una cárcel? Acordémonos de nuestra infancia, traigamos a la memoria nuestra juventud, tengamos presente que en otro tiempo fuimos ricos. ¿En qué han parado todas estas cosas? La memoria de ellas más bien nos causa dolor que placer. De este modo, es preciso concluir que nada hay bueno sino lo que es eterno. (S. Jerón., in Psalm. 91, sent. 111, Tric. T. 5, p. 258.)”

“Dice la Escritura: ¿Quién es el que primero ha dado a Dios, y él se lo volverá? Mas, gracias a su bondad, el Señor nos perdona la obligación de lo que debiéramos devolverle por tantos bienes como nos ha hecho, y solamente nos ha pedido, en reconocimiento, nuestro amor. De este modo, poniéndole por el primero de sus Mandamientos, nos manifiesta claramente, cómo, aunque pobres y miserables, podemos desquitarnos de una deuda que no pudiéramos pagar. (S. Paulino, Ep. 23, ad Sever., sent. 6, Tric. T. 5, p. 330.)”

“La bondad del Padre celestial es tan extremada, que su misma indignación es un efecto de su misericordia, y cuando castiga en este mundo, es para perdonar. (S. Paulino, Ep. 29, ad Sever., sent. 10, Tric. T. 5, p. 331.)”

“No podemos decir que tenemos alguna cosa nuestra: pues todo en particular lo debemos a Dios, no solamente porque nos crió, sino porque nos redimió. (S. Paulino, Ep. 34, de Gazophylacio, sent. 20, Tric. T. 5, p. 332.)”

“Dios comúnmente cumple sus intenciones por caminos que parecen contrarios a ellas, para que de este modo se admire más su omnipotencia. (S. Juan Crisóst., Homil. 9, sent. 39, Tric. T. 6, p. 307.)”

“Si un hombre ignorante no puede comprender el artificio de una obra compuesta por un hábil artífice, con más fuerte razón será incapaz el espíritu humano de penetrar los secretos de la providencia divina. (S. Juan Crisóst., sent. 227, Tric. T. 6, p. 345.)”

“Si alguno fuere tan extravagante que llegue a decir no hay Dios, no nos dignemos de responderle; porque así como no sería del caso responder a los locos y furiosos, tampoco se debe dar respuesta a los que niegan la Divinidad. (S. Juan Crisóst., sent. 228, Tric. *ibid. ibid.*)”

“Si hay Dios, lo que no se puede dudar, se sigue también que es justo, pues a no ser justo, no sería Dios. Si el Señor es justo, le da a cada uno lo que merece, y como por otra parte vemos, que no todos los hombres son tratados en esta vida según sus merecimientos, debemos inferir sin duda, que hay otra vida en donde se nos preparan terribles retribuciones, y en donde la justicia de Dios se dará a conocer en todo la extensión de su equidad, repartiendo a cada uno según sus méritos. (S. Juan Crisóst., sent. 229, Tric. *ibid.*, p. 346.)”

“¿Quién os podrá llenar de todo cuanto Dios ha hecho si el mismo Dios no os llena? (S. Agustín, Psalm. 30, sent. 16, Tric. T. 7, p. 455.)”

“Todo cuanto no es Dios, nos parece vil y despreciable en este mundo. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 17, Tric. T. 7, p. 455.)”

“Dios mío, que sois misericordia: ¿qué significan estas palabras, sino que tenemos de su misericordia cuanto somos? (S. Agust., Psalm. 58, sent. 87, Tric. T. 7, p. 462.)”

“Los dones de Dios os deben servir de consuelo, y no para pervertiros; los bienes que os quita os deben servir para la paciencia y no para murmuraciones ni blasfemias. (S. Agust., Salm. 63, sent. 99, Tric. T. 7, p. 463.)”

“Cuando Dios da bienes temporales a los buenos, es para consolarlos en los trabajos de su peregrinación sobre la tierra; cuando se los da a los malos, es para enseñar a los buenos a desear otros bienes que los malos no han de poseer. (S. Agust., Psalm. 66, sent. 104, Tric. T. 7, p. 464.)”

“Si Dios no fuera bueno, no haríais bien alguno; si no fuera justo, no padeceríais mal alguno. (S. Agust., Salm. 70, sent. 116, Tric. T. 7, p. 465.)”

“Solamente Dios es el que puede ser con verdad nuestra alegría, nuestra paz, nuestro descanso, y el fin de nuestras penas. (S. Agust., Salm. 78, sent. 128, Tric. T. 7, p. 466.)”

“Cuando nos agrada lo bueno, es un grande don de Dios. (S. Agust., Salm. 116, sent. 157, Tric. T. 7, p. 468.)”

“Si reflexionamos el preámbulo de Dios cuando nos iba a crear, hallaremos que hizo al hombre a su imagen, con el fin de que imitase a su Autor, y que la dignidad de nuestra naturaleza consiste en que la

imagen de la Benignidad Divina resplandezca en nosotros como en un espejo. (S. León, Papa, Serm. 11, c. 1, sent. 7, Tric. T. 8, p. 284.)”

“Del fondo de su propia bondad sacó Dios los motivos para compadecerse de nuestra propia miseria. La regeneración de los hombres es más admirable que su propia condición; más hizo Dios en los últimos tiempos redimiendo lo que estaba perdido, que cuando sacó de la nada lo que no tenía ser alguno. (S. León, Papa, Serm. 62, sent. 49, Tric. T. 8, p. 394.)”

“Aunque todas las circunstancias de la venida del Espíritu Santo son prodigiosas, y no se puede dudar que estuvo presente la Majestad del Espíritu Divino en la junta de aquellos fieles que alababan a Dios con tanto celo y alegría, no obstante, no debemos creer que se vio la substancia divina en las lenguas de fuego que los ojos miraban. Porque la naturaleza invisible, común con el Padre y el Hijo, nos manifestó como quiso la calidad de su Dios y de su obra, pero contuvo en su misma Deidad la propiedad de su esencia invisible. (S. León, Papa, Serm. 75 in pen., c. 3, sent. 64, Tric. T. 8, p. 398.)”

“No se puede dudar, amados míos, que todas las santas observancias son de institución divina, que hemos recibido por tradición Apostólica las costumbres establecidas en la Iglesia, y que vienen de la doctrina del Espíritu Santo, el cual todavía influye en los corazones de los fieles, y preside a sus santas instituciones, para que las obedezcan, entiendan y guarden. El Espíritu Santo que Dios tenía prometido bajó sobre los Apóstoles a los cincuenta días después de Pascua; los llenó con su presencia de luces más resplandecientes y de más abundantes gracias; por lo que se advierte con toda claridad, que entre los demás dones divinos se nos dio entonces la gracia de los ayunos que se siguen a la fiesta de Pentecostés. Para que así como la concupiscencia fue el origen del pecado, sea la continencia el manantial de las virtudes. (S. León, Papa, Serm. 77, de jejun., Pent. sent. 65, Tric. T. 8, p. 398 y 399.)”

“Repasad con frecuencia en vuestras almas con las más vivas reflexiones los infinitos beneficios del Autor de nuestro ser, aquellos beneficios que se dignó comunicarnos sin mérito alguno de nuestra parte. Traed a vuestra memoria las innumerables ingratitudes con que tan injustamente habéis pagado sus beneficios, y formando grande dolor de vuestras culpas, exclamad: ¡qué es lo que yo he hecho! Yo he ofendido a mi Dios y he irritado la indignación de mi Criador; he correspondido a sus infinitas bondades con innumerables pecados, en

vez de acciones de gracias. ¡Qué es lo que he hecho! Mas al decir esto, rómpanse vuestros corazones con el profundo dolor; arrojad grandes suspiros y derramad amargas lágrimas. Si ahora no lloráis, ¿cuándo ha de ser? Si la desgracia de Dios en que habéis incurrido por vuestras culpas, no excita en vosotros el más vivo arrepentimiento, sirva a los menos para romper la obstinación de vuestros corazones el horror de los eternos castigos que habéis merecido por vuestras culpas. Vuelve sobre ti, alma ingrata, y por tantas veces rebelde; retira tus pies del infierno a donde te precipitas, para evitar los castigos que has merecido, y recobrar los bienes perdidos, de los cuales merecías ser privada por toda la eternidad. (S. Anselmo, 1.^a Meditat., sent. 42, Tric. T. 9, p. 350 y 351.)”

“Al bueno nunca le engañaron sin aparentarle el bien. (s. Bern., Serm. 66 in Cant., sent. 68, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Aunque sea bueno lo que se hace, no se hará bien si no se hace con buena voluntad. (S. Bern., Ep. 258, sent. 80, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Pertenece a la clemencia divina negar a los ingratos lo que piden para que no sea mayor su ingratitud. (S. Bern., Serm. cont. vit. ingrat., sent. 88, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Fácilmente se pega el corazón humano a las cosas que frecuenta. (S. Bern., Tract. ad Cler. c. 1, sent. 121, Tric. T. 10, p. 329.)”

“De lo que Dios ha hecho por ti puedes conocer en cuánto te apreció. (S. Bern., Serm. 1, de Epiph., sent. 155, Tric. t. 10, p. 331.)”

“Sin duda el ser bueno entre los buenos, consigue la salvación; pero el ser bueno entre los malos, merece alabanza: en lo primero, hay tanta facilidad como seguridad; en lo segundo, hay tanta virtud como dificultad. Esto es lo mismo que tocar la pez y no mancharse; andar entre el fuego sin lesión, y entre las tinieblas sin oscuridad. (S. Bern., Ep. 25 ad Hugon. Rothom. Archi., sent. 10, adic. Tric. T. 10, p. 338.)”

“Pues nada tenéis que no hayáis recibido, sentid del Señor en bondad y de vosotros en humildad. (S. Bern., Epis. 384, ad Eug. Pap., ad Capitul. Cisterc., sent. 43, adic. Tric. T. 10, p. 361.)”

C

Caída y recaída.— “No vuelvas tu vista atrás, ni te detengas en toda región. Saliste de Sodoma, no te vuelvas a esta Ciudad; dejaste los vicios, no vuelvas a ellos. Ni mires atrás, sálvate en el monte: mas no es lo suficiente para salvarse no mirar atrás, si no se pone al mismo tiempo cuidado con no detenerse en toda la región; pues sería cosa inútil empezar el camino de la virtud, y detenerse en la tierra de Sodoma sin apresurarse hacia el monte en que está nuestra salud, que es Jesucristo. (Orígenes, Homl. 13, in Jeremá, sent. 8, Tric. T. 1, p. 248.)”

“El que se ha confesado de algún pecado, no debe volver a comerle, porque la confesión de la culpa es como una profesión y propósito de no volver a caer. Es preciso, pues, que sea esta confesión, como dice el Profeta, de todo corazón, y no en parte, no guardando en nuestra conciencia alguno de los pecados que conocemos haber cometido. (S. Hilario, in Psalm. 137, sent. 16, Tric. T. 2, p. 260 y 261.)”

“Avergüénzate, alma pecadora, pero no desesperes por haber pecado. Has pecado, trabaja por levantarte. Un atleta, después de haberle derribado muchas veces, no por eso deja de llevar el premio en el combate. Obra con valor, y di siempre: ahora empiezo a volver a mi Dios. (S. Efrén, sent. 19, Tric. T. 3, p. 80.)”

“Por ser el corazón del hombre muy inconstante, no cuesta menos mantenerse en la inocencia, que lo que antes había costado adquirirla: porque tal vez sucede que con la ocasión de la misma gracia nace en nosotros la soberbia, vicio que nos aparta de Dios después de habernos convertido; de suerte que volvemos a caer al mismo tiempo que nos levantamos: de este modo el pecado, según el Apóstol, viene a ser un manantial más abundante del pecado, y nos causa la muerte valiéndose de una cosa que es buena. (S. Gregorio Nacina., Orat. 7, sent. 15, Tric. T. 3, p. 354.)”

“Hasta las caídas de los Santos son útiles a los demás. El pecado de San Pedro no me ha perjudicado, porque me ha servido mucho su corrección y enmienda. De él aprendí a evitar las conversaciones de los malos. Después de la caída de este grande Apóstol, ninguno tiene derecho para presumir de sus propias fuerzas. (S. Ambrosio, lib. 10, c. 22, sent. 92, Tric. T. 4, p. 331 y 332.)”

“Abrió los ojos Adán para ver su culpa. No sé en qué consiste, que después de haber pecado es cuando conocemos nuestros delitos: entonces entendemos que es culpa lo que no pensábamos que era pecado. (S. Ambrosio, lib. de Parad., c. 14, sent. 3, adic. Tric. T. 4, p. 393.)”

“La serpiente me engañó y comí. Culpa es digna de perdón, aquella a que se sigue la confesión del delito. Por esto no desesperé la mujer; antes bien, confesó su pecado y recibió sentencia medicinal. Bueno es que nos condenen a la pena que merece la culpa para que experimentemos el azote contra los hombres. (S. Ambrosio, lib. de Parad., c. 14, sent. 4, adic. Tric. T. 4, p. 393.)”

“Uno de los efectos de la ira de Dios es que un pueblo malo e incrédulo escuche con más gusto a los falsos Profetas que a los verdaderos. (S. Jerón., lib. 4, c. 14, sent. 75, Tric. T. 5, p. 251.)”

“Todavía estaban las carnes en sus bocas cuando cayó sobre ellos la ira de Dios. Una cosa semejante sucede todavía en la Iglesia, respecto de aquellos que se alimentan con la carne y sangre de Jesucristo; porque si después de esto caen en el vicio, les amenaza el juicio de Dios con un terrible castigo. (S. Jerón., in Psalm. 79, sent. 108, Tric. T. 5, p. 257.)”

“Mucho mejor es no tener heridas, ni necesitar de médico. La curación no es la bienaventuranza de los que sanan, sino consuelo del dolor. Guárdese, pues, de volver a pecar el que se curó. (S. Jerón., in Micheae., c. 7, sent. 9, adic. Tric. T. 5, p. 354.)”

“Continuamente estamos expuestos a las ocasiones de pecar: aun las cosas permitidas nos llevan insensiblemente a los excesos de las culpas por el mal uso que hacemos. Con el pretexto de conservar la salud, no buscamos otra cosa que el placer: lo que es suficiente para la naturaleza, no lo es para la concupiscencia: este es el principio del deseo insaciable de las riquezas, y de las ansias por sobresalir y exceder a los otros; este deseo es el efecto, pero la causa es la soberbia. Son tentaciones que van eslabonadas unas con otras. No hay mejor medio para vencerlas que la continencia. (S. León, papa, Serm. 50, sent. 42, Tric. T. 8, p. 392.)”

“Estar siempre en compañía de una mujer y no pecar con ella, es más que resucitar a un muerto. (S. Bern., Serm. 65, in Cant. n. 4, sent. 86, Tric. T. 10, p. 327.)”

“El que permanece en el peligro, no siente mucho haber caído en él. (S. Bern., Serm. 1, sent. 101, Tric. T. 10, p. 328.)”

Cielo.— “¿Cómo podré subir a los cielos? El camino es el Señor: es verdad que es angosto, pero viene de los cielos; es verdad que es estrecho, pero es camino que lleva a los cielos. (S. Clemente, sent. 1, adic. Tric. T. 1, p. 349.)”

“Que las viñas o las olivas engañen la esperanza del labrador, que la yerba y los trigos mueran de sequedad en el campo, todo esto, ¿qué puede afligir a los cristianos y siervos de Dios que esperan toda especie de bienes y delicias en el reino celestial? Estos se regocijan y saltan de alegría en el Señor, su Dios: y cuando ponen los ojos en el premio que está por venir, no hay adversidad que no sufran con valor. (S. Cripiano, lib. contra Demetr., sent. 26, Tric. T. 1, p. 302 y 303.)”

“Cada día nos vemos oprimidos de tantos males, así de alma como de cuerpo, y expuestos a tantos peligros, y con todo eso hallamos placer en estar largo tiempo en esta vida entre tantas espadas desnudas, con las que el demonio nos amenaza todos los instantes, cuando debiéramos desear salir con una muerte pronta, para llegar a Jesucristo. (S. Cipriano, Tratado de la inmortalidad, sent. 29, Tric. T. 1, p. 303.)”

“¿No es una cosa bien fuera de razón y de justicia orar y pedir que se haga la voluntad de Dios, y al mismo tiempo no obedecerle sin repugnancia, cuando quiere sacarnos de este mundo? Nosotros resistimos, nos hacemos fuertes, y como siervos obstinados, vamos, a pesar nuestro, y llenos de pena a la presencia de nuestro Señor: no dejamos voluntariamente la vida sino por necesidad, y a más no poder, y con todo eso queremos que aquel Señor a quien vamos a ver contra nuestro gusto nos premie con sus bienes celestiales. ¿Para qué es pedir a Dios que llegue a nosotros el reino de los cielos, si tanto nos agrada la cautividad en que vivimos sobre la tierra? Para qué es pedir con súplicas tan instantes y frecuentes que acelere el tiempo al establecimiento de su reino en nosotros, si parece que queremos más servir aquí al demonio, que reinar con Jesucristo en el cielo? (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 30, Tric. *ídem*, p. 304.)”

“Debemos considerar que ya hemos renunciado al mundo, y que vivimos en él como pasajeros y extraños. Abracemos, pues, aquel

dichoso día que ha de introducir a cada uno de nosotros en su tranquila habitación: aquel día que, librándonos del mundo y rompiendo los lazos de la carne, nos restituirá al paraíso y nos dará entrada al reino celestial. ¿Qué extranjero hay que no se dé prisa por volver a su patria? ¿Qué pasajero en el mar no suspira por un viento favorable para volver a ver cuanto antes los amigos y parientes? El paraíso es nuestra patria, los Patriarcas nuestros padres; ¿cómo, pues, no corremos por volver a visitar nuestra patria, y abrazar a nuestros padres? Grande es el número de amigos, hijos y hermanos nuestros, que nos esperan allá, seguros de su salud eterna, pero con gran cuidado de la nuestra. ¡Qué gozo será para ellos y para nosotros el vernos juntos y abrazarnos! ¡Qué placer será gozar de un reino celestial sin temor de la muerte y con seguridad de vivir para siempre, y poseer una felicidad eterna y soberana! (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 71, *Tric. ibid. ídem.*)”

“¿Quién habrá que no tome de buena gana, y aun con ansia, el cáliz de la salud? ¿Quién será el que no abrace con gusto y alegría la ocasión que se le presente de hacer alguna cosa por su Señor? ¿Quién no recibirá con valor y constancia una muerte preciosa en la presencia de Dios? Una muerte con que agrademos a los ojos de aquel que volviendo su vista hacia nosotros desde lo alto de los cielos ve el peligro a que nos exponemos por su nombre, acepta nuestra resolución, nos auxilia en el combate, y después de la victoria, nos da la corona merecida, recompensando en nosotros por la bondad y afecto paternal con que nos ama, lo mismo que él nos ha dado, y honrando en nosotros lo que ha hecho en nuestras almas, supuesto que el mismo Señor declara, que hemos recibido de su mano la fortaleza para vencer y merecer el premio en el combate para postrar al enemigo: esto es lo que nos enseña en estas palabras del Evangelio: Cuando os entregaren, no busquéis en vuestro pensamiento lo que habéis de decir, ni cómo habéis de hablar, porque entonces se os dará lo que habéis de decir. (S. Cipriano, sent. 37, *Tric. T. 1, p. 307.*)”

“Los que ponen su descanso en esta vida, no deben esperarle en la eternidad, porque el reino del cielo no es para los que aquí viven ociosos: sólo los que pasan una vida llena de tribulaciones tienen lugar a pretenderle. Y a la verdad, es un premio que no se recibirá de valde, y todos los que le han merecido le han conseguido con grandes trabajos. Poco nos importa cuáles hayan sido nuestros males y fatigas en este mundo; pues en entrando en el descanso inefable en donde Dios nos llenará de toda suerte de bienes, se olvidarán todos los

dolores sufridos durante esta vida, que toda es miseria y vanidad. (S. Anastasio, de Sanctiss. Deipara, sent. 7, Tric. T. 2, p. 173.)”

“¿Quién es el hombre de juicio que no quiere ser del pequeño número de los que van al cielo por la senda estrecha del evangelio, más bien que juntarse con la multitud de los otros, que corriendo por el camino ancho van a caer en el eterno precipicio? (San Atanasio, sent. 8, Tric. T. 2, p. 173.)”

“No debemos buscar las cosas que no nos han de acompañar después de esta vida: aficionémonos únicamente a los bienes que nos han de seguir inseparablemente, y adornar para siempre nuestros cuerpos y nuestras almas. (S. Basilio, Homl. 33, sent. 21, Tric. T. 3, p. 354.)”

“Cada una de nuestras acciones, o nos acerca al infierno, si lleva el peso de la culpa, o nos habilita, si es virtuosa, para subir a Dios. (S. Basilio, in Psalm. 29, sent. 2, adic. Tric. T. 3, p. 380.)”

“No se ha de buscar en este mundo el gozo de los placeres, sino contentarse con el que nos da la esperanza de gozar de Dios en el cielo. (S. Gregorio Nacian., orat. 8, sent. 17, Tric. T. 3, p. 354.)”

“Yo pienso que el Patriarca Jacob supo por la visión de aquella escala misteriosa, que llegaba desde la tierra al cielo, que no hay otro camino para llegar a Dios como el de tener siempre la mira puesta en las cosas celestiales, y elevar continuamente sus deseos hacia el Señor, de suerte, que ninguno se ha de contentar con vivir en el grado de virtud a que ha llegado, sino que debe considerar como pérdida y detrimento, no subir a otro estado más sublime y perfecto. (S. Greg. de Nisa, Orat. 5, sent. 16, Tric. T. 4, p. 115.)”

“Yo viviré, dice David, como si todavía no viviera, porque en este cuerpo mortal llevamos una sombra de vida que es imagen, y no la verdad de la vida del cielo. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 56, Tric. T. 4, p. 324.)”

“El que se conocía heredero de Abraham, dice: Yo soy extranjero en la tierra, y peregrino como todos mis Padres, porque el que es aquí peregrino, es ciudadano en el cielo; pero el que piensa poner en esta tierra todos los bienes de su alma, y se alegra de adquirir la herencia de este mundo, será excluido del reino de Dios. (S. Ambrosio, de Abr., lib. 2, c. 9, sent. 12, adic. Tric. T. 4, p. 396.)”

“Reflexioné en mis caminos, y volví mis pasos. Cuando llegas a donde se cruzan muchos caminos, reflexiona sobre cuál es el que debes tomar, y nunca te resuelvas sin haber decidido interiormente

qué camino de aquellos lleva a la ciudad. Cuanto más debes consultar contigo mismo tú que caminas al reino celestial, pues no todos guían a la Jerusalén del cielo. Hay caminos, Psalm. 118, que tienen mala salida: el diablo los ha procurado trillar, y así pasan en la muerte. De estos se verifica: Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero sus fines dan vista a lo profundo del infierno. El camino es aquel más estrecho que lleva a Dios. Si quieres ir por el camino que lleva a Dios, no mires los que ves alrededor, no sea que te dejes llevar fácilmente de algún afecto, y convidado de la anchura del camino entres en el que para en el infierno. (S. Ambrosio, in sent. 34, adic. Tric. T. 4, p. 403 y 404.)”

“Entrad por la puerta estrecha, porque el camino ancho lleva a la perdición. El camino ancho es la sensualidad del siglo que los hombres buscan; el camino estrecho está lleno de ayunos y de trabajos. Muchos van por el camino ancho, y pocos hallan el camino estrecho: no hay que buscar el camino ancho, porque el mismo se nos presenta, y es el de los que se extravían y se pierden; pero el camino estrecho no todos lo hallan, y los que le encuentran no van desde luego por él: porque hay muchos que después de haber descubierto el camino de la verdad, y haberse adelantado en él, se hallan detenidos en los placeres de este mundo, y vuelven atrás. (S. Jerón., lib. 1, in Matth., c. 7, sent. 94, Tric. T. 5, p. 255.)”

“No creamos que es suficiente un fervor pasajero de la fe, porque es preciso que cada uno lleve continuamente su cruz, para dar a entender de este modo, que es incesante nuestro amor a Jesucristo. (S. Jerón., in c. 10, Matth., sent. 96, Tric. T. 5, p. 256.)”

“No nos hemos de separar de los Profetas; debemos investigar, y preguntar por los caminos antiguos, trillados con las pisadas de muchos santos, cual es la senda buena del Evangelio, y caminar por ella. (S. Jerón., adv. Vigil., c. 6, sent. 8, adic. Tric. T. 5, p. 354.)”

“Ahora vamos por un camino muy estrecho y estamos como titubeando sobre una cuerda en el aire, de suerte, que si no aseguramos nuestros pasos con el contrapeso de la continua circunspección, nos hará caer nuestro enemigo fácilmente hacia un lado o hacia otro. (S. Paulino, Ep. 40, ad Sanct. et Amand., sent. 14, Tric. T. 5, p. 331.)”

“Cuanto hacemos y cuanto decimos corresponde precisamente al camino ancho o al camino estrecho. (S. Paulino, Ep. ad Celantiam, in Append., sent. 22, Tric. T. 5, p. 332.)”

“En este mundo sois huéspedes y pasajeros: el cielo es vuestro

país; allá debéis trasladar todo cuanto tenéis, y antes de llegar a la divina Patria, recibiréis en este mundo una especie de recompensa. Porque el qué en esta vida se alimenta con la esperanza de los bienes celestiales, y vive lleno de confianza de conseguirlos, ya gusta de antemano la felicidad del reino eterno. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, ad popul. Antioch., sent. 4, Tric. T. 6, p. 301.)”

“El Reino de los cielos se consigue con la violencia. Los que son cobardes y perezosos no pueden conseguirle, pues solo se logra trabajando con mucho cuidado y diligencia. Por ser muy estrecho el camino del cielo, se necesita mucha constancia y valor para llegar a él. (S. Juan Crisóst., Homl. 54, sent. 82, Tric. T. 6, p. 315.)”

“Todo lo hacemos por atenciones humanas, y solamente trabajamos por lo presente. (S. Juan Crisóst., Homl. 62, in Joann., sent. 86, Tric. T. 6, p. 316.)”

“Llamó Jesucristo, estrecho y difícil a su camino, y también le llamó yugo suave y carga ligera; porque aunque sea pesada por su naturaleza, se hace muy ligera con el afecto, con la alegría y con el fervor de los que la llevan. Así vemos que los que han abrazado el camino estrecho, van más alegres y contentos que los que caminan por el más ancho; no porque muchas veces no se vean afligidos, sino porque como están ya superiores a las aflicciones, no sienten tanto sus golpes como las gentes del mundo que los tienen por insoportables. (S. Juan Crisóst., lib. de Virgin., c. 4, sent. 176, Tric. T. 6, p. 334.)”

“¿No podrá suceder, me diréis, que se goce en este mundo y en el otro una entera paz y un perfecto reposo? No, eso es imposible, y en vano buscáis semejante estado entre los hombres. (S. Juan Crisóst., Conc. 3, de Lazar., sent. 193, Tric. T. 6, p. 338.)”

“Supuesto que el Evangelio dice: Que el camino que lleva a la vida es áspero y estrecho, ¿cómo en otra parte dice: Mi yugo es suave y fácil? Las primeras palabras pertenecen a la naturaleza de las aflicciones, y las últimas denotan la alegría y sumisión de la voluntad para sufrirlas, porque lo que por su naturaleza parece duro e insufrible, se hace suave y fácil con la disposición de la voluntad del que padece. De este modo, los Apóstoles, cuando los Judíos los azotaron, volvieron llenos de gozo por considerarse dignos de haber padecido esta ignominia por el hombre de Jesucristo. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 193, Tric. T. 6, p. 338.)”

“¿Cuántos os parece que habrá en esta ciudad de los que se han de salvar? Puede ser que no os agrade lo que os tengo de decir en este

punto: mas no dejaré de explicar mi pensamiento. No creo que entre tantos millones de cristianos haya de ciento uno que se haya de salvar, y aún dudo de la salud de este corto número. Porque, ¡cuánta malicia, cuántos excesos hay en los jóvenes! ¡Cuánta flojedad, pereza y falta de devoción hay en los ancianos! Y de este modo en todos los estados y condiciones. (S. Juan Crisóst., Homl. 24, c. 11, sent. 270, Tric. T. 6, p. 355.)”

“El camino es estrecho y difícil para el que camina por él con pena y pesadumbre; pero es ancho y fácil para el que camina con amor. (S. Agust., Psalm. 30, Sent. 13, tric. T. 7, p. 455.)”

“Me alegro yo con la esperanza de la eterna felicidad, mas suspiro y gimo porque no me veo todavía en la posesión. (S. Agust., Psalm. 30, sent. 24, Tric. T. 7, p. 456.)”

“Si esperáis la felicidad del cielo, debéis estar alegres; mas como es preciso esperarla con paciencia, debéis gemir y suspirar mientras os dura la vida. (S. Agust., *ibid.*, sent. 25, Tric. *ibid.* *ibid.*)”

“Elevémonos con nuestros deseos a las cosas del cielo, en donde diremos: aquí estoy, ya no deseo más: aquí amo a todos y no temo a ninguno. ¡Oh deseo bueno! ¡Oh deseo santo! (S. Agust., Psalm. 38, sent. 45, Tric. T. 7, p. 458.)”

“El camino ancho es mortal, y su misma latitud y facilidad agrada por algún tiempo; pero su fin será estrecho y penoso para toda la eternidad. (S. Agustín, Psalm. 39, sent. 51, Tric. *ibid.* *ídem.*)”

“En el cielo todo es grande, todo verdad, todo es santo, todo es eterno. Allí será nuestro alimento la justicia; nuestra bebida, la sabiduría; nuestro vestido, la inmortalidad; aquella celestial casa será nuestra habitación, y en ella hallaremos verdaderamente la paz, el descanso, el gozo y la justicia. (S. Agustín, Psalm. 49, sent. 67, Tric. T. 7, p. 460.)”

“¿Cuál será en el cielo nuestro empleo, sino amar y alabar a Dios? ¿Alabarle amándole, y amarle alabándole? (S. Agustín, Psalm. 146, sent. 171, Tric. T. 7, p. 470.)”

“El que aquí no suspira como el caminante que está distante de su patria, jamás tendrá el contento de habitar en ella como ciudadano. (S. Agust., Psalm. 148, sent. 176, Tric. T. 7, p. 470.)”

“Con razón dijo el Salvador del mundo, que El era el camino; porque ninguno va a Jesucristo sino por el mismo Jesucristo; es decir, que es indispensable caminar por las sendas de la humildad y la paciencia. Este camino es áspero y escabroso, porque en él nos fatigará el trabajo; a cada paso se ven tristes nublados, y la agitación de los

temores continuos. (S. León, Papa, Serm. 65, sent. 52, Tric. T. 8, p. 395.)”

“No abatan los terrenos deseos a unas almas llamadas al cielo; no ocupen las cosas perecederas a los que están escogidos para gozar de las eternas; no retarden los engañosos atractivos a los que han entrado en el camino de la verdad: pasen los fieles por lo temporal, de modo que se conozca que son peregrinos en el valle de este mundo, en el que, si algunas comodidades lisonjean, no se han de abrazar con culpa, sino despreciar con fortaleza. A esta devoción nos exhorta el bienaventurado San Pedro, y a proporción de aquel amor que concibió con la confesión de su amor a Jesucristo, nos suplica y dice: Carísimos, os ruego como a peregrinos y extranjeros, que os abstengáis de los deseos carnales que pelean contra el alma. (S. León, Papa, Serm. 73, c. 5, sent. 63, Tric. T. 8, p. 398.)”

“Pronto nos resolvió esta cuestión la misma verdad, porque el camino de Dios es angosto para los que empiezan, y ancho para los perfectos. Lo que proponemos espiritualmente al alma contra sus costumbres es duro, y no obstante, es ligera la carga de Dios en empezando a llevarla: en tanto grado, que hasta la persecución por su amor es agradable, y toda aflicción por el Señor es dulzura del entendimiento, así como se alegraban los Apóstoles cuando por El sufrían los azotes. La puerta estrecha, pues, es ancha para los amantes, los mismos caminos ásperos se hacen suaves y llanos para los que corren señaladamente: cuando sabe el alma que recibe gozos eternos por los dolores temporales, empieza a gustar de lo mismo que la aflige. (S. Greg. el Grande, Homl. 17, sent. 25, adic. Tric. T. 9, p. 387 y 388.)”

“Los que atesoran en el cielo, no tienen que temer a los ladrones. (S. Bernardo, de Convers. ad Cler., n. 41, sent. 17, Tric. T. 10, p. 323.)”

“¿Acaso es el camino útil, pero intransitable? Más fácilmente llegarás despreciando todo, que consiguiéndolo. (S. Bern., Tract. de Cont. Mun., n. 33, sent. 166, Tric. T. 10, p. 332.)”

Cristiano (Vida del).— “Si me preguntan, ¿cómo han de ser los cristianos? Respondo que deben vivir como discípulos de Jesucristo, practicando lo que El hizo y lo que enseñó. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 56, Tric. T. 3, p. 199.)”

“¿Cuál es la obligación particular del cristiano? La de velar todos los días y todas las horas sobre sí mismo, y caminar siempre a la perfección que Dios le pide, por agradecerle, sabiendo que vendrá el

Señor en la hora que menos le espere. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 59, Tric. T. 3, p. 200.)”

“La perfecta renunciación que debe hacer el cristiano consiste en desnudarse de todas las pasiones, aun del apego a la vida, de suerte, que tengamos, como el Apóstol, una respuesta de muerte que nos quite toda la confianza en nosotros mismos. Esta renuncia debe empezar por la enajenación de todas las cosas exteriores, como son los bienes, la gloria vana, las costumbres inveteradas, y la afición a las cosas inútiles. (S. Basilio, Interrog. 8, sent. 60, Tric. T. 3, p. 200.)”

“Todo el discurso de la vida cristiana debe ser constante y uniforme, no teniendo sino un solo fin, que es la gloria de Dios. (S. Basilio, Interrog. 20, resp. sent. 61, Tric. T. 3, p. 200.)”

“Los cristianos deben desterrar aquellos remedios que piden demasiadas diligencias, y nos precisan a ocupar todo el tiempo en curar el cuerpo; y si acuden a la medicina, deben hacerlo sin poner en ella la confianza, no atribuyendo la causa de la buena o mala salud; y usando solamente de los saludables remedios que dicta la Medicina, debemos referir todo buen éxito a la gloria de Dios. (S. Basilio, Interrog. 55, resp. sent. 64, Tric. T. 3, p. 201.)”

“Toda palabra que no se refiere a Dios es ociosa: y las vanas conversaciones son tan peligrosas, que aun cuando nada se diga que sea malo, o que por su naturaleza no sea bueno, si no se refiere y sirve para la edificación de la fe, no están libres de riesgo; porque sólo por no ser de edificación contristan al Espíritu Santo. Esto es lo que nos enseña el Apóstol, cuando dice: Ninguna mala palabra salga de vuestra boca; no salgan sino las buenas y edificantes, para inspirar la piedad a los que las escuchan; y después añade: No contristéis al Espíritu Santo, con el que estáis marcados como con un sello. (S. Basilio, in regul. breviorib. interrog. 23, sent. 68, Tric. T. 3, p. 202.)”

“Después que el Señor dijo de sí mismo: Yo no vine a hacer mi voluntad, sino solamente la de mi Padre; es muy peligroso hacer su propia voluntad, aun en las cosas menores. Por esto decía David; Yo he jurado y resuelto seguir los juicios de vuestra justicia, no los de la mía; esto es, los movimientos de mi propia voluntad. (S. Basilio, Interrog. 137, resp. sent. 69, Tric. T. 3, p. 202.)”

“Si los que no han hecho más mal que callar cuando debieran reprender a los pecadores son reos de su sangre y de su perdición, ¿qué diremos de los que le han dado motivo de escándalo con sus acciones y palabras? (S. Basilio, Interrog. 261, sent. 73, Tric. T. 3, p. 203.)”

“¿Cómo deben ser los cristianos? Como discípulos de Jesucristo que procuran conformar su vida, según lo que ven en El, y lo que les dice. Como ovejas de Jesucristo que oyen la voz de su Pastor, y le siguen. Como sarmientos, cuya raíz es Cristo, que fructifican por El, y no tienen, ni hacen cosa que no sea digna del Señor, y conforme a su voluntad. Santos y puros como templos de Dios, solamente ocupados con lo que pertenece al culto divino. Como hijos de Dios, formados a su imagen, según la medida que ha dado a los hombres. (S. Basilio, Reg. 80.2, sent. 12, adic. Tric. T. 3, p. 382.)”

“¿Cuál debe ser la propiedad de los cristianos? Amarse unos a otros con una caridad semejante al amor con que Jesucristo nos amó. (S. Basilio, ibidem, sent. 13, adic. Tric. T. 3, p. 383.)”

“La locución sencilla y no afectada me parece a mí decente, y cual conviene a la profesión del hombre cristiano, al que pertenece escribir para la pública utilidad, y no para hacer ostentación. (S. Basilio, Ep. 167, sent. 16, adic. Tric. T. 3, p. 384.)”

“Entre los cristianos, cada uno es la ley y regla de la amistad que se deben entre sí; pues cada uno no tiene que aspirar a otra cosa que a procurar para el prójimo el bien que se desea a sí mismo. (S. Greg. Nacianceno, Orat. 3, sent. 9, Tric. T. 3, p. 355.)”

“En cuanto a los cristianos, todo es entre ellos espiritual: las acciones, los movimientos, la voluntad, las palabras, los pasos, el vestido, y hasta el más leve movimiento de los ojos; porque su razón debe extenderse a todo cuanto les pertenece, para formar y arreglar todo el hombre, que es según Dios: asimismo el modo de celebrar sus fiestas, y recrear sus espíritus, debe ser también espiritual. Porque no se debe imaginar que yo quiera privar al cristiano de toda diversión y descanso del espíritu, sino que pretendo cortar los excesos y el furor. Si celebramos de esta suerte las fiestas de los Mártires, os prometo una cosa grande en nuestras concurrencias; es, a saber, que recibiremos algún día el mismo premio y la misma gloria. (S. Gregorio Nacian., Orat. 6, sent. 14, Tric. T. 3, p. 354.)”

“Dejemos los festines y los bailes para las pompas y fiestas de los paganos; pero si es permitido, a los que adoramos al Verbo Divino, tomar algún placer, debe ser del gusto del mismo Divino Verbo; como es, alegrarnos con la ley de Dios, y con las lecturas convenientes a las fiestas que celebramos. (S. Gregorio, Orat. 38, sent. 45, Tric. T. 3, p. 359.)”

“Las cosas que son buenas pierden la gracia de la bondad si no se

tratan bien. (S. Gregorio Nacianceno, Orat. 33, sent. 5, adic. Tric. T. 3, p. 394.)”

“Tened cuidado con que ninguno os robe el tesoro que os estaba destinado, y no permitáis que nadie os prevenga en el cuidado de hacer bien a vuestro prójimo. Abrazad como una grande ventaja la ocasión de consolar al afligido; asistid al enfermo con tanto cuidado, como si importara a la salud de toda vuestra familia; aunque se debe asistir a todos los que son pobres, no hay duda que merecen la principal consideración los que están enfermos, porque estos padecen doble mal; es, a saber, la enfermedad y la pobreza. (S. Grego. de Nisa, sent. 21, Tric. T. 4, p. 117.)”

“Si somos del que nos rescató, sigámosle de todos modos, de suerte, que ya no vivamos para nosotros, sino para el que nos redimió con su sangre; porque ya no somos dueños de nosotros mismos, sino que, pues el Señor es el que nos ha rescatado, ya estamos en todo rigor de justicia sujetos a su dominio; de suerte, que en adelante su voluntad debe ser la ley y la regla de nuestra vida. (S. Gregorio de Nisa, —de perfect. Christi fer.,— sent. 35, Tric. T. 4, p. 120.)”

“La perfección del cristiano consiste en adelantar sin detenerse, sabiendo que la perfección no tiene límites. (S. Greg. de Nisa, *ibid.*, sent. 36, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Cuál es el tiempo de buscar a Dios? En pocas palabras te responderé: Toda la vida. (S. Greg. de Nisa, In Eccles. H. 2, sent. 6, adic. Tric. T. 4, p. 358.)”

“El que tiene por su porción a Dios, no debe tener otro cuidado que el de aplicarse a él, y todo cuanto se emplea en otra cosa es un robo que se hace al servicio y culto que se le debe. (S. Ambrosio, de fug. secul., c. 2, sent. 24, Tric. T. 4, p. 318.)”

“Señor, me acordé de vuestro nombre durante la noche, y guardé vuestra ley. De día y de noche se ha de invocar este santo nombre. Si para dar más tiempo al estudio de las ciencias humanas, se quitan muchas veces las horas al sueño, ¿cuánto mayor cuidado se debe tener de no dormir sino lo preciso para las necesidades del cuerpo, cuando queremos aplicarnos al conocimientos de las cosas de Dios? Todas las noches bañaba David su lecho con sus lágrimas, y también se levantaba a media noche para rogar a Dios; ¿cómo a vista de este ejemplar podréis abandonaros al sueño las noches enteras? Debierais recurrir a Dios, invocar su asistencia, y tomar las precauciones posibles para guardaros de la culpa, en aquel tiempo en que las tinieblas

os ocultan a los ojos de los hombres. Considerando entonces que está la vista del Señor descubriendo lo más secreto y escondido. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 60, Tric. T. 4, p. 324.)”

“¡Qué pocos hay sobre la tierra que puedan decir: El Señor es mi porción! Qué pocos son los que distantes de todos los vicios, nada tienen común con el mundo, ni quieren participar de él, por no estar poseídos de alguna concupiscencia hacia las cosas corporales, ni verse abrasados de las llamas de la impureza, ni tocados de la avaricia, ni abandonados a los excesos, ni arrebatados de la ambición, ni roídos de la envidia, ni ocupados en el cuidado de los negocios seculares, y, por último, que vivan como que sólo nacieron para Dios, y no para sí mismos. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 61, Tric. T. 4, p. 325.)”

“Tuyo soy: esta palabra es fácil de decir, y aun parece una expresión común; pero a muy pocos les viene bien: apenas se halla quien pueda decir con verdad a Dios: Tuyo soy, pues para esto es necesario estar unidos con El por todo cuanto hay en nosotros, y no pensar sino en El sólo. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 64, Tric. T. 4, p. 325.)”

“Nada le hace al cristiano tan recomendable como la misericordia con los pobres. (S. Ambrosio, de Officiis, c. 11, sent. 120, Tric. T. 3, p. 355.)”

“En las conversaciones privadas no hemos de disputar con porfía, porque esto, más sirve para excitar cuestiones vanas que para que resulte alguna utilidad verdadera. Es preciso, pues, que sean nuestros disgustos sin cólera, nuestra benignidad sin amargura, nuestras advertencias sin aspereza, y nuestras exhortaciones sin dar a nadie que sentir. (S. Ambrosio, de Officiis, c. 22, sent. 124, Tric. T. 4, p. 339.)”

“Ponme por sello sobre tu corazón, y como sello en tu brazo. Es Cristo sello en el corazón y lo es en la frente. Es sello en la frente para que siempre le confesemos; lo es en el corazón, para que siempre le amemos; y lo es en el brazo, para que siempre obremos. Resplandezca, pues, su imagen en nuestra confesión; luzca en la santa lección, y brille en todas nuestras obras; para que si es posible, se vea expresada en nosotros toda la figura de Jesucristo. (S. Ambrosio, de Isac., lib. 1, c. 8, sent. 13, adic. Tric. T. 4, p. 396 y 399.)”

“No os divertáis en considerar el mal que otros hacen, pensad solamente en el bien que debéis hacer. (S. Jerónimo, Ep. ad Rust. 125, sent. 12, Tric. t. 5, p. 240.)”

“Sois cristiano para imitar a Jesucristo y cumplir con vuestras acciones sus leyes. (S. Juan Crisóst., Homil. 39, Orat. 6, sent. 31, Tric. T. 6, p. 306.)”

“Una alma sola que hayamos ganado a Jesucristo, puede borrar en nosotros una infinidad de pecados, y ser la causa de la redención de nuestra alma. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 32, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Decís que trabajáis mucho todos los días: no es del caso saber que hacéis alguna cosa, sino si ejecutáis lo que se debe. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 36, sent. 57, *Tric. T. 6*, p. 310.)”

“No debemos pasar día alguno de nuestra vida, si fuere posible, sin haber conseguido algún provecho espiritual, o por medio de la oración o con la confesión de nuestras faltas, o con la limosna, o con algunas otras acciones de piedad que practiquemos. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 11, c. 2, in *Génes.*, sent. 91, *Tric. t. 6*, p. 316.)”

“Bienaventurado aquel que haya hecho y enseñado. La doctrina de las obras es mucho más sincera y segura que la de las palabras. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 13, *ibid.*, sent. 92, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Obremos en todo con gran pureza de corazón; porque de esta fuente dimanan todos los bienes. No mira el Señor a nuestras acciones, sino al espíritu con que las hacemos; y según nuestra disposición interior, aprueba o reprueba lo que ejecutamos. Bien sea, pues, que oremos, que ayunemos, que demos limosna, o que practiquemos cualquiera otra obra espiritual, obremos siempre con pureza de intención para conseguir el premio de nuestro trabajo. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 27, sent. 97, *Tric. T. 6*, p. 317.)”

“El que pudiere impedir que una persona agravie a otra, y no lo hace, no es menos culpable que la que ofende. (S. Juan Crisóst., *Homil.* 32, sent. 101, *Tric. T. 6*, p. 318.)”

“Aquél que se gloría, sólo en el Señor se gloríe. En todas nuestras obras no debemos atribuirnos méritos algunos; pues solamente el pecado es el que tenemos propio. (S. Juan Crisóst., in *Psalm.* 142, sent. 145, *Tric. T. 6*, p. 326.)”

“Conservad en vuestro entendimiento como una verdad inmutable, como una regla cierta, y como una ley constante, que es imposible que un hombre que pone todo el cuidado y diligencia posible para conseguir su salvación, y que nada omite de todo cuanto está de su parte para cumplir su obligación, es imposible, digo, que abandone el auxilio de Dios a un hombre de estas disposiciones. (S. Juan Crisóst., *Serm.* 1, in *Jerem.*, sent. 162, *Tric. T. 6*, p. 331.)”

“Si alguno viniese de un país tan distante que jamás hubiese oído hablar de nosotros, y sabiendo aquí cual es la Ley de Jesucristo, viese el desorden con que viven los cristianos, no dudo que nos tendrá por